

LUIS PERICOT

Trabajos del Servicio de Investigación Prehistórica

La cueva de la Cocina (Dos Aguas)

NOTA PRELIMINAR

I

DESCRIPCIÓN GENERAL

En la cueva de la Cocina hemos realizado hasta el presente momento, cuatro campañas de excavación. A pesar de ello, y por diversas circunstancias, no hemos podido terminar su estudio. El gran interés que presentan los hallazgos, nos mueve a dar hoy una reseña provisional de los mismos. La complejidad de los problemas que plantea, exige una discusión más amplia y al mismo tiempo las dimensiones de la cueva permitirán ulteriores comprobaciones de los resultados conseguidos hasta ahora.

Situación.—Las últimas estribaciones de la Sierra Martés hacia los llanos valencianos, acompañan al Júcar, que se ha abierto paso por ellas entre gargantas de impresionante grandeza. Forman aquéllas el último escalón de la meseta, muy próximo ya a la llanura. Mientras a la derecha del Júcar se halla el pico de Caroche y muela de Bicorp, con sus estribaciones, a la izquierda están las sierras del Ave y Caballón, que van desde Dos Aguas hasta Tous, Llombay y Catadau. En su vertiente meridional se forma un valle alto (entre 400 y 500 metros de altitud), denominado La Canal, y por el que se puede transitar hasta Tous. A la Canal se asciende desde Dos Aguas en una hora de mal camino de herradura, subiendo hasta 530 metros, teniendo a los pies los barrancos que van a parar al Júcar, cerca de la Central Hidroeléctrica de Millares. En La Canal se encuen-

tran corrales y casas de habitación temporal, olivares, algarrobos, viñedos y algunos campos de trigo. Su parte más próxima a Dos Aguas, donde existen las estaciones de que nos ocupamos, está limitada por el lado Norte por las alturas de La Rábida y el Caballón, y por el Sur por los barrancos que van a sumarse al Falón, torrente nacido en Dos Aguas y que desemboca en el Júcar, o directamente al mismo río.

Estos barrancos forman naturalmente una complicada red de hondonadas y despeñaderos con numerosos abrigos. En uno de estos barrancos, que nace frente la Casa de Cifre, se encuentra el *Cinto de las Letras*, abrigo que contiene curiosas pinturas naturalistas de estilo levantino. La Casa de Cifre se halla en el centro de La Canal y a unas dos horas y media de camino desde Dos Aguas. Dos kilómetros al Sudeste de dicha casa está la Casa de Valle (a 415 metros de altura), junto a un pino centenario que ha servido de cobijo al campamento de los excavadores. Allí mismo empieza la barrancada conocida con el nombre de Barranco de la Ventana, que termina en un precipicio sobre el Falón. En su zona final, en la pared derecha, la peña aparece horadada por la *ventana* de que recibe nombre el barranco, y en un abrigo junto a ella, aparecen pinturas en parte de estilo levantino naturalista y en parte esquemático.

En este barranco, y en un recodo del mismo, a una distancia de unos 250 metros de la ventana, y a 15 minutos de camino de la Casa de Valle, se abre la cueva de la Cocina. Su altitud es de unos 350 metros sobre el nivel del mar.

Aspecto de la cueva (fig. 1 y lám. I-A).—La cueva se abre al nivel actual del barranco, frente a copudos algarrobos y matas de adelfa, presentando una amplia abertura, de 12 metros de longitud, pero de altura muy baja (unos 3 metros), disminuída hoy por la pared tosca construída para encerrar el ganado. Su interior mide aproximadamente 20 por 15 metros y ofrece un doble desnivel con lomo en la parte central y descendiendo hacia la entrada y hacia el fondo. El suelo aparece recubierto por el estiércol o sirle, resultado de encerrar los ganados de cabras, constituyendo éste uno de los más molestos obstáculos de la excavación. Abundantes losas caídas del techo y de las paredes laterales afloran en la superficie y, como la excavación demostró, ocupan buena parte del yacimiento. Una piedra aparece hincada como un menhir cerca de la entrada; otra presenta un grabado cruciforme.

En la parte del fondo y junto a la pared Norte, se abren galerías de difícil acceso y que muestran señales de haber sido utilizadas como refugio en tiempos modernos. Una losa colocada a

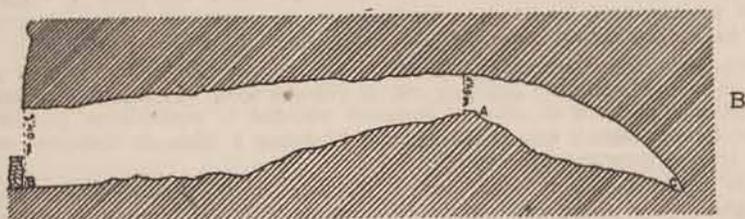
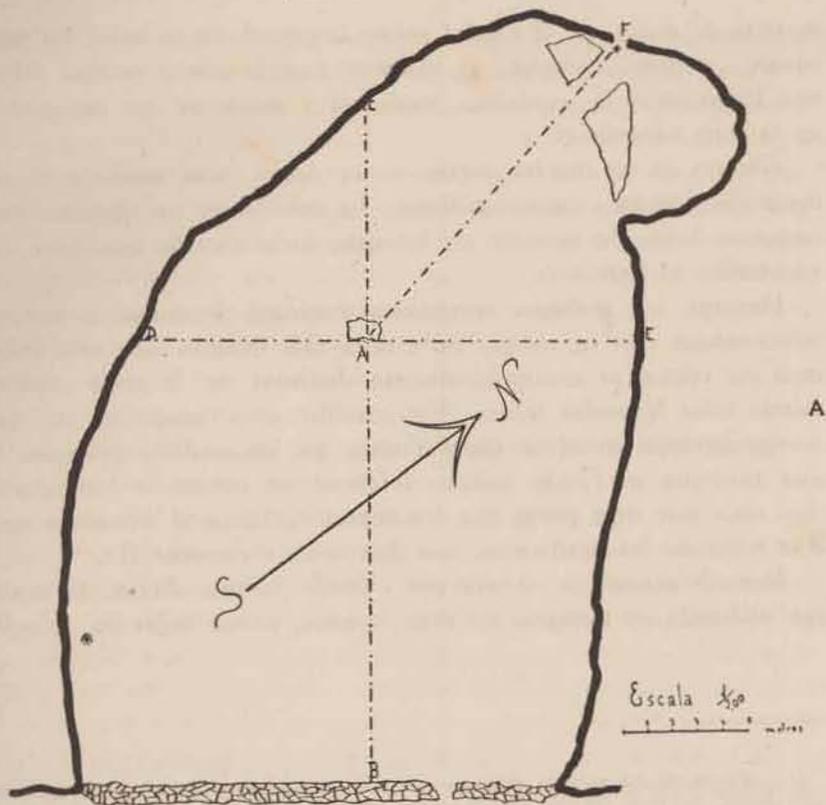


Figura 1.ª—Planta y secciones de la Cueva de la Cocina

manera de mesa, en el fondo, sobre la que dicen se halló un recipiente cerámico, justifica el nombre que la cueva recibe. Algunos fragmentos de cerámica medieval y moderna se recogieron en la capa superficial.

Abierta en un macizo cretácico, la cueva, que muestra al ser excavada potentes capas arcillosas, ha debido ser en tiempos cuaternarios lugar de desagüe de intensas corrientes de agua que alimentarían el barranco.

Durante los trabajos recogimos curiosas leyendas populares relacionadas con la cueva, las cuales nos indican que nos hallamos en comarcas etnográficamente distintas de la zona costera, donde tales leyendas faltan. En cambio nos recuerdan las que oímos durante nuestras excavaciones en los castros gallegos, lo que probaría el fondo común (céltico) en comarcas tan apartadas, cosa por otra parte que los textos antiguos al situarnos aquí a la tribu de los beribrases, nos dieron ya a conocer (1).

Descubrimiento y excavación.—Como hemos dicho, la cueva fué utilizada en tiempos no muy lejanos, como lugar de refugio,

(1) Varios de los relatos refieren que por las noches se aparece en la cueva una mujer que reza. El relato más curioso es el de la dama del peine. Llamaban así a una mujer joven y guapa que se aparecía con un peine de oro en la mano. Se cuenta todavía en el pueblo de alguien que murió del susto al verla y no hace muchos años un pastor salió huyendo al ver en la boca de la cueva a una muchacha que él tomó por la vieja o dama del peine.

En otra versión son dos las damas que se aparecen peinando. Un pastor las vió y le preguntaron qué prefería, el peine o ellas; el avaricioso pastor respondió que prefería el peine y entonces aquéllas le contestaron que siempre sería un miserable y que si las hubiera preferido a ellas, se hubieran convertido en dos montones de oro.

Un muchacho de 15 años, pastor, llamado Vicente Ibáñez, nos relató que al hablar de la cueva con motivo de nuestros trabajos, una mujer del pueblo contó lo que su abuela le había referido en otro tiempo como ocurrido a ella misma: «Llegó un hombre joven encantado adonde ella se encontraba y le preguntó si los pollos que había allí eran suyos, a lo que repuso que sí. Entonces le ordenó que le matara uno y lo asara bien asado y lo llevara a una piedra bajo la cual encontraría una merendera (flambrera) brillante como el oro y metiera el pollo dentro. Lo hice así y al ponerlo dentro oyó una voz que decía: «Lo has hecho tal como lo he mandado yo, y ahora has de ir a las doce de la noche a la cueva y subirás a lo alto de una piedra redonda que hay allí y saldrá una serpiente pegando soplidos, y no has de tenerle miedo, y luego saldrá un toro pegando berridos y dará siete vueltas, y luego de dar las siete vueltas, tócalo y se volverá de oro y yo quedaré desencantado.» La abuela tuvo miedo y no quiso hacerlo y preguntó si podía ir su marido con ella y le dijeron que no, que debía ir sola.

También es corriente el relato de que los moros entraron en el barranco diez cargas de oro y las ocultaron por medio de las letras (pinturas rupestres) que hay abajo en el barranco.

y seguramente por moriscos rebeldes, como lo prueba el hallazgo en ella de un Corán, realizado a comienzos del pasado siglo (2). Todavía ha sido ocupada con igual fin durante la última guerra civil española.

Perteneciendo a la familia del Valle, ha sido utilizada durante mucho tiempo para encerrar el ganado. Pero seguía ignorada por completo en la bibliografía arqueológica, lo que se explica por lo apartado del lugar. En realidad todo el macizo montañoso en que se encuentra era desconocido para los arqueólogos. Las estaciones prehistóricas más cercanas que se conocían, eran las de Buñol y la cueva de la Avellanera, en Catadau, y, al otro lado del Júcar, la cueva de la Araña, en Bicorp.

En 1939 ó 1940, dos maestras que veraneaban en Dos Aguas tuvieron noticia de la existencia de letras en alguno de los barrancos de la Canal. Se hicieron acompañar a los lugares, que resultaron ser abrigos con pinturas rupestres. Dieron noticia del hallazgo al Inspector del Magisterio, D. J. J. Senent Ibáñez, a quien tantos descubrimientos prehistóricos se deben en las tres provincias valencianas, y éste comunicó el hallazgo al Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia.

En el otoño de 1940 se organizó una expedición en la que tomaron parte, además del Sr. Senent, los Sres. Chocomeli, Alcácer y el prospector del indicado Servicio, Salvador Espí. Fueron visitados los dos abrigos con pinturas, el Cinto de las letras y el Cinto de la ventana, al mismo tiempo que Salvador Espí recorría buen número de cuevas de los alrededores, tarea que repitió posteriormente. La cueva de la Cocina fué lugar de paso obligado al visitar el Cinto de la ventana. Salvador Espí realizó, con la diligencia que le es peculiar, una cata en la parte de entrada de la cueva. En ella encontró indicios elocuentes de la importancia que tuvo su ocupación prehistórica: cerámica tosca, numerosos microlitos, entre ellos algunas puntas, microburiles, hojitas, una de ellas de doble escotadura y un hueso que parecía aguzado.

En vista de ello, en Julio de 1941 realizamos la primera campaña de excavación. En parte de la misma nos acompañaron los Sres. Juan Cabré, J. J. Senent y J. Alcácer, que dedicaron varios días a la copia de las pinturas de ambos Cintos, visitaron la cueva

(2) El informe sobre el hallazgo de un Corán en la cueva de la Cocina se encuentra en el tomo VI de las «Memorias de la Real Academia de la Historia», pág. LXXXI. Debemos este dato a nuestro discípulo D. Ernesto Jiménez Navarro.

y el último nos ayudó en la excavación. Esta duró del 24 de Julio al 4 de Agosto, y residimos en la Casa de Cifre, puesta amablemente a nuestra disposición.

La segunda campaña duró del 23 de Julio al 9 de Agosto de 1942. Fueron mis excelentes colaboradores D. José Alcácer Grau y D. Enrique Pla Ballester. Residimos, al igual que en los años siguientes, en tiendas de campaña instaladas junto a la era de Casa de Valle.

La tercera campaña fué la de 1943, del 24 de Julio al 13 de Agosto, con los mismos colaboradores.

La cuarta campaña no pudo realizarse hasta 1945, del 28 de Julio al 13 de Agosto. Nos acompañó en ella, quedando al frente de la misma durante los días que nos ausentamos, D. Francisco Jordá, a quien, al igual que a los anteriores colaboradores, jóvenes y entusiastas, expresamos nuestra gratitud.

Han sido, pues, cortas campañas las que hemos realizado, debido a las dificultades de alojamiento y manutención entre otras. Contamos con un número de obreros que ha variado de seis a nueve, y con la constante y valiosa ayuda de Salvador Espí, cuyos méritos excepcionales hemos dado a conocer en anteriores ocasiones.

Los obreros, todos de Dos Aguas, resultaron unos entusiastas e incansables colaboradores. Gracias a ellos la labor realizada ha sido muy intensa. También debemos gratitud a las autoridades de Dos Aguas (1) y muy especialmente al que durante varios años ha sido maestro de la localidad, D. José Iborra Izquierdo. Con su entusiasmo y desinterés digno de todo elogio, nos allanó toda clase de dificultades, nos alojó en su casa y fué siempre el colaborador que nos hacía falta en la localidad.

Sólo una parte mínima del yacimiento ha sido excavada estos años. En 1941 elegimos para una cata que nos orientase una pequeña superficie cerca de la entrada, en la parte meridional, una vez nos liberamos de los molestos insectos que infestaban la cueva; aquella superficie fué ampliada después hasta formar un rectángulo de 3 por 3,50 metros, cuyas partes anterior y posterior resultaron pronto recortadas por numerosas losas desprendidas del techo. En 1942 excavamos la zona situada entre la cata de 1941 y la pared Sur (2,5 por 4 metros). En 1943 elegimos una zona muy limpia de piedras, al Norte de la cata de 1941; era una zona rec-

(1) A los alcaldes y secretarios del Municipio, a D. Vicente Cifre y al médico de la localidad, especialmente.

tangular de 3 por 6,25 metros. En 1945 nos propusimos aclarar el problema de la extensión del yacimiento hacia la parte de la entrada y precisar el nivel neolítico que habíamos observado parecía intensificarse en la parte cercana a la boca de la cueva. Para ello excavamos una zona situada en el extremo Sur de la entrada, que medía sólo 2 por 4 metros. Llegamos en esta zona a la profundidad de 4,70 metros, pero el gran número de losas caídas en la parte que da al barranco dificultó el trabajo y nos obligó a recortar la zona fijada, ampliándose luego esta faja seis metros hacia el Norte.

11

ESTRATIGRAFIA Y MATERIAL

Estratigrafía.—No dudamos que las dimensiones de la Cueva de la Cocina nos permitirán realizar catas en diversos lugares y en varios sentidos y con ello obtener una estratigrafía clara del yacimiento. Este, por su magnitud, no puede pensarse que se extienda con uniformidad y sin desniveles a lo largo de toda la cueva, como ocurría en el Parpalló. Pero por ahora tenemos excavada una parte en exceso reducida. En primer lugar resalta la abundancia de grandes losas caídas (lám. I-B) que dificulta la interpretación de los niveles y ha alterado, sin duda, en múltiples ocasiones su disposición. Otra característica de la zona excavada, es la inclinación de los estratos hacia la entrada y la pronta aparición del nivel de la arcilla estéril en la parte del interior de la cueva (1), mientras en la parte de la entrada el nivel estéril no se alcanza hasta los 4,50 metros (lámina I-C), produciéndose así un espeso depósito a manera de fondo de saco en la parte de la entrada que no sabemos si se extenderá con carácter semejante en el resto de la cueva. Ello da idea de que las gentes que habitaron la cueva parece que prefirieron la zona de la entrada a la interior, consecuencia de la bondad del clima. Y aun diríamos, si pensamos en la relativamente poco abundante presencia de huesos animales, resto de comida, en comparación con lo que ocurría en el Parpalló, que hacían buena parte de la vida al exterior. Ciertamente que la parte saliente de la visera de roca que cubría la entrada se ha desplomado en gran parte.

En muchos lugares de la parte excavada se suceden sin interrup-

(1) En el ángulo NO. de la cata de 1943, la arcilla estéril se alcanza a los 30 centímetros de la superficie. Una vez llegados al fondo de la cata, a dos metros, abrimos un pozo que alcanzó 1,85 metros de profundidad, sin que se alterase el carácter del depósito arcilloso y absolutamente estéril.

ción los niveles (lám. I-D). Esto y la presencia de un elemento constante dentro de sus variedades, los microlitos de sílex geométricos, limitan cronológicamente y dan unidad cultural al yacimiento. Este representa, pues, unos milenios de habitación de la cueva por unas mismas gentes, que evolucionan o reciben influencias del exterior sin abandonar del todo su industria y su manera de vivir tradicionales.

Donde hemos podido realizar un corte más claro es en el rincón SE., en la cata de 1945. Aquí alcanzaremos hasta unos 4,50 metros de profundidad desde la superficie, y aquí es donde la capa con cerámica alcanza mayor espesor, pues en buena parte de la cueva aquélla es sólo superficial, aunque es posible que en otras zonas inexploradas, sobre todo en el fondo de la cueva, vuelva la capa con cerámica a adquirir importancia.

En dicha cata del rincón SE. el nivel con elementos neolíticos alcanza hasta 1,70 metros; le llamaremos en nuestro trabajo, nivel I.

El nivel II sigue inmediatamente al anterior. Carece de cerámica, mientras posee placas grabadas y vestigios de pintura y un material pétreo y óseo característico. Suele presentarse sin separación, pero en el rincón SE. ofrece dos capas bastante bien separadas por losas caídas; mientras la capa superior (A) nos dió plaquitas grabadas, la inferior (B) carece de ellas. La primera va de 1,70 a 2 metros y la segunda de 2,30 a 2,70 metros.

El nivel III suele ser el más denso, pues llega hasta el fondo arcilloso o rocoso de la cueva, lo que le da profundidad variable, según los lugares. Aunque por su extensión es natural que ofrezca variaciones, preferimos presentarla con una relativa unidad. En la cata del rincón SE., una capa fértil se da entre los 3 y 3,50 metros de profundidad (A). Otras capas inferiores (B), con escasos microlitos, alcanzan hasta 4,50 metros.

En total van contadas 1.920 puntas microlíticas y 620 microburiles.

Nivel I.—El primer nivel es el que podemos calificar de Neolítico antiguo. Está perfectamente definido, aparte otros elementos, por la aparición en él de cerámica. Su distribución en las zonas excavadas es muy variable. Es puramente superficial en la mayor parte de lo excavado y sólo se hace más extenso su nivel en la parte de la entrada. En la cata de 1945, fuera del muro de cerca primitivo, alcanzaba hasta 1,70 metros de profundidad la tierra con fragmentos cerámicos, y en la ampliación de dicha cata, bajo un enterramiento moderno, algún fragmento apareció a 2,50 metros, evidente producto de remoción moderna al efectuarse aquél.

Aparte unos fragmentos campanianos y uno ibérico pintado, toda la cerámica encontrada en este nivel es a mano y por lo general muy tosca, de pasta mal preparada y de cocción defectuosa, aunque algunas piezas presenten la superficie algo pulida. La decoración más frecuente es la del rayado irregular de la superficie; este rayado se hace más ancho y profundo y produce un acanalado irregular; hay, además, incisiones en los bordes o bordes dentellados, series de puntos a ambos lados de un cordón, y una serie de trazos en espina de pez; también cordones con impresiones de varios tipos. Algunas asas y pezones completan las formas, en general de cuenco u olla, por lo que cabe deducir de los fragmentos (fig. 2.^a y lám. II).

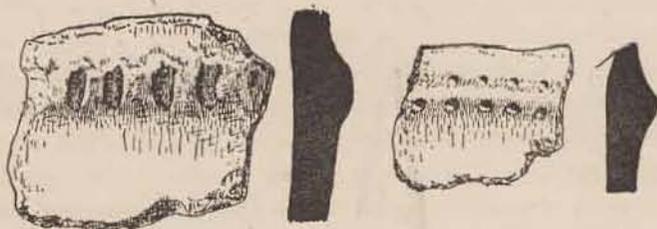


Figura 2.^a—Fragmentos de cerámica del Nivel I (cata entrada S.) (capas 2 y 4)

(Tam. 4/5)

Un par de hachitas finas de fibrolita (fig. 3.^a) u otra piedra y un

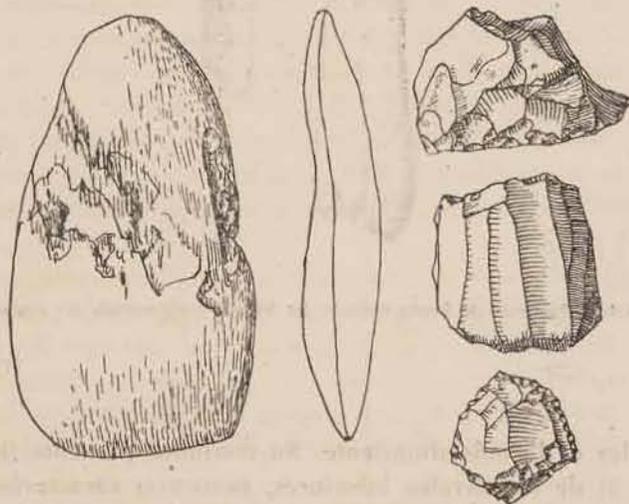


Figura 3.^a—Hacha pulimentada, cepillo, núcleo y raspador oval, del Nivel I (cata de entrada S.)
(capas 1 a 5)

(Tam. 4/5)

hacha de fortuna, de cuarcita, se encuentran en el mismo nivel. De piedra es asimismo una pieza triangular, rota por el extremo superior, acaso colgante o parte de un ídolo; mide 62 por 56 milímetros y 13 de grueso, terminando en bisel. De hueso es una lámina ovalada y de superficie curvada, de finalidad desconocida. De piedra blanca un pequeño colgante o cuenta de collar (fig. 13.^a).

Los punzones de hueso son relativamente abundantes en este nivel. Excepto un caso en que vemos un ejemplar fragmentado, tan bien elaborado como los magdalenienses, se trata de huesos aguzados. Hay una media docena de ejemplares de interés; el mejor de ellos, que se ha conservado entero, mide 12.3 centímetros de longitud (fig. 4.^a).

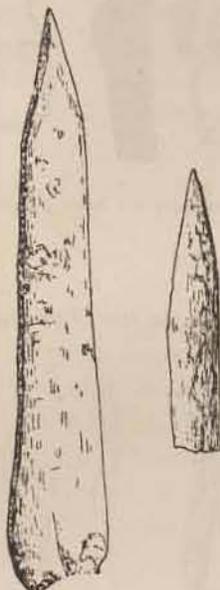


Figura 4.^a—Punzones de hueso aguzado del Nivel I (cata entrada S.) (capas 2 y 5)

(Tam. 2/3)

El sílex es lo más abundante. Su conjunto presenta un aspecto análogo al de los niveles inferiores, pero con características propias. En las puntas microlíticas dominan las medias lunas; hay también algunos triángulos y faltan los tipos que caracterizarán los niveles inferiores. Los microburiles y las hojas con muescas son es-

casos (fig. 5.^a). Las hojas son mayores que en el resto del yacimien-

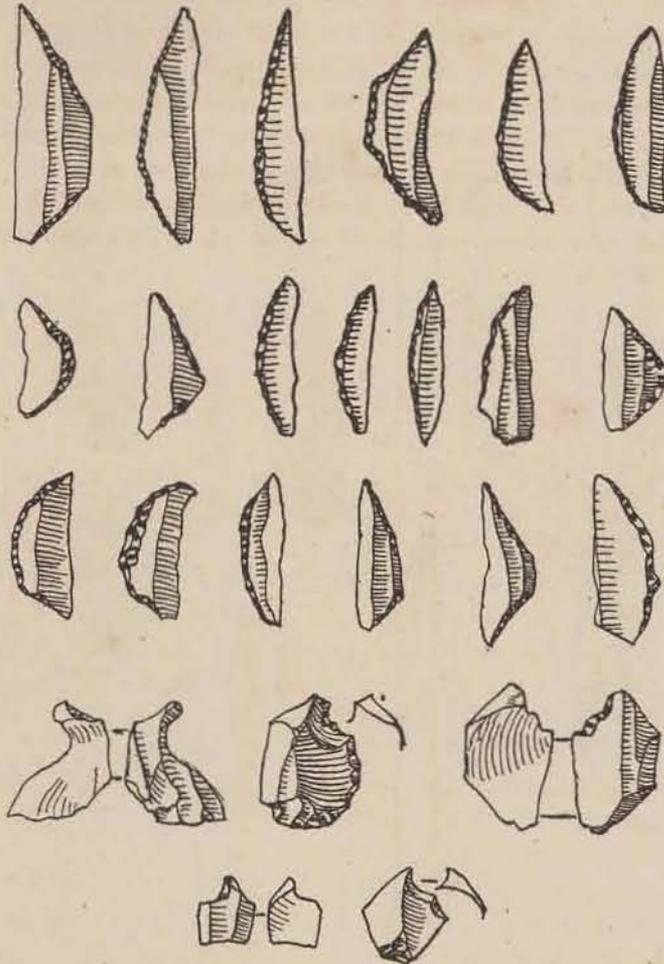


Figura 5.^a—Puntas microlíticas y microburiles del Nivel 1 (cata entrada S.) (capas 1 a 5)

(Tam. nat.)

to y hay verdaderas hojas-cuchillos, a veces con los bordes retocados (fig. 6.^a). No faltan también algunas piezas mayores: toscos cepillos, lascas, puntas de fortuna, etc. (fig. 3.^a). Una sola punta de aspecto neolítico hemos descubierto a 50 centímetros de profundidad; por tanto bastante superficial en esa zona de la cata de 1945. Es una punta de labra tosca con pedúnculo y aletas incipientes, casi rom-

boidal, bastante gruesa. Responde a otra idea y nada tiene que ver con las puntas de tradición microlítica del Neolítico del lugar.

Nivel II.—El segundo nivel es mucho más interesante que el anterior por contener todas las placas grabadas y algunas de las que muestran pintura, y por desarrollarse en él plenamente el microlitismo. De aquéllas hablaremos después.

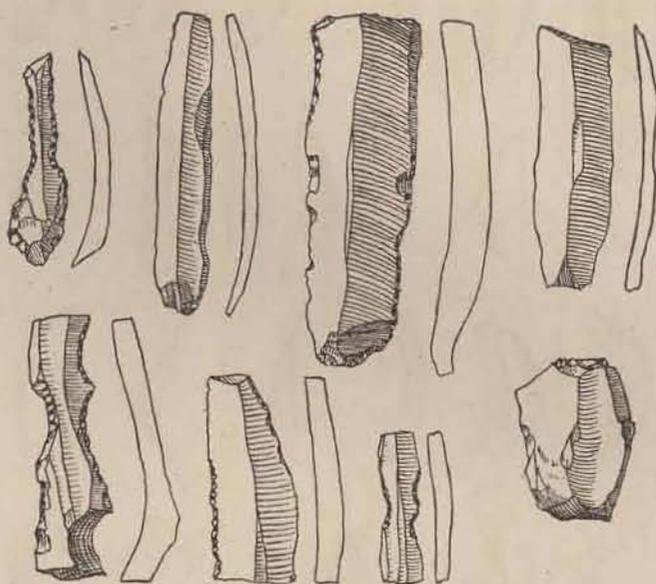


Figura 6.—Hojas, algunas con fuertes retoques o escotaduras, del Nivel I (cata entrada S.) (capas 1 a 5)

(Tam. 4/5)

En cuanto a las puntas hay una cierta variedad de tipos, pero el distintivo de este nivel es el triangular con un apéndice o pedúnculo muy acusado a veces, en el dorso. No faltan los triangulares, los trapezoidales y los triangulares alargados o con muesca basal, propios de niveles inferiores. No menos abundantes son los microburiles, en algún caso sobre hojitas regulares, pero generalmente sobre esquirlas, muchas veces minúsculas e insignificantes. Las hojas con escotaduras son también muy abundantes. Las mejores son hojas robustas con una, dos y hasta tres escotaduras en ambos lados. Hay también raspadores sobre hoja o lasca, algunos buriles laterales, hojas con o sin retoques, núcleos y toscos cepillos,

alguna raedera y puntas de fortuna. Pero en conjunto el material es de una gran monotonía con la repetición constante de puntas triangulares, microburiles y hojas con muescas (figs. 7.^a y 8.^a).

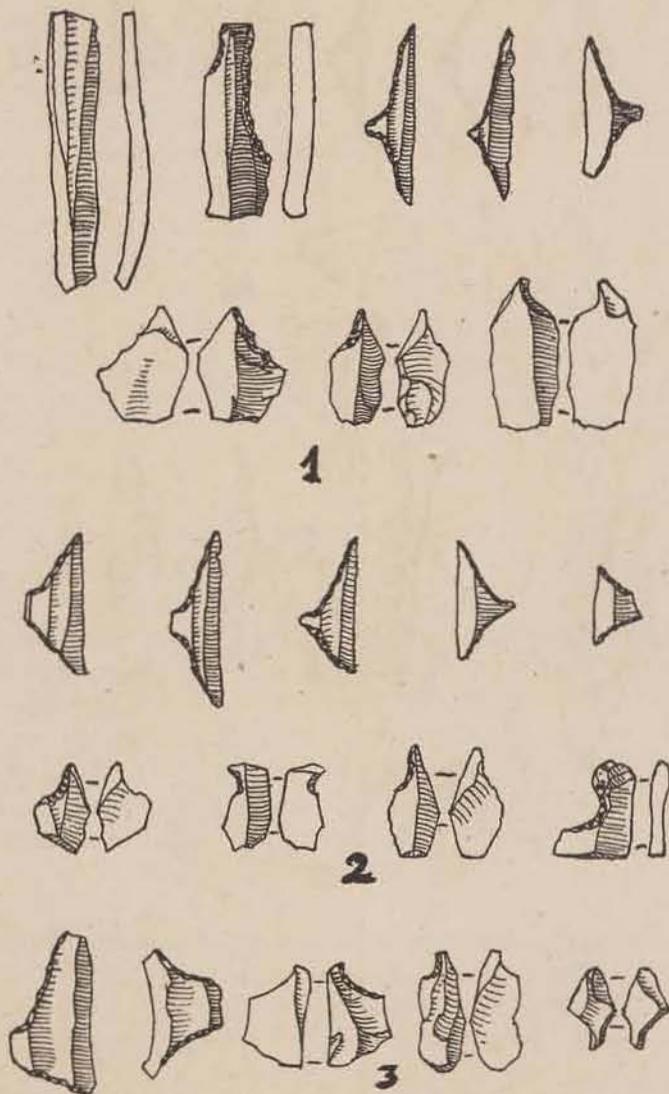


Figura 7.^a—Hojas, puntas y microburiles del Nivel II (cata entrada S.)

(1, capa 8; 2, capa 9; 3, capa 10)

(Tam. nat.)

De hueso podemos señalar tan sólo unos pocos punzones fragmentados. Pero hay bastantes cuernos de ciervo utilizados, y uno

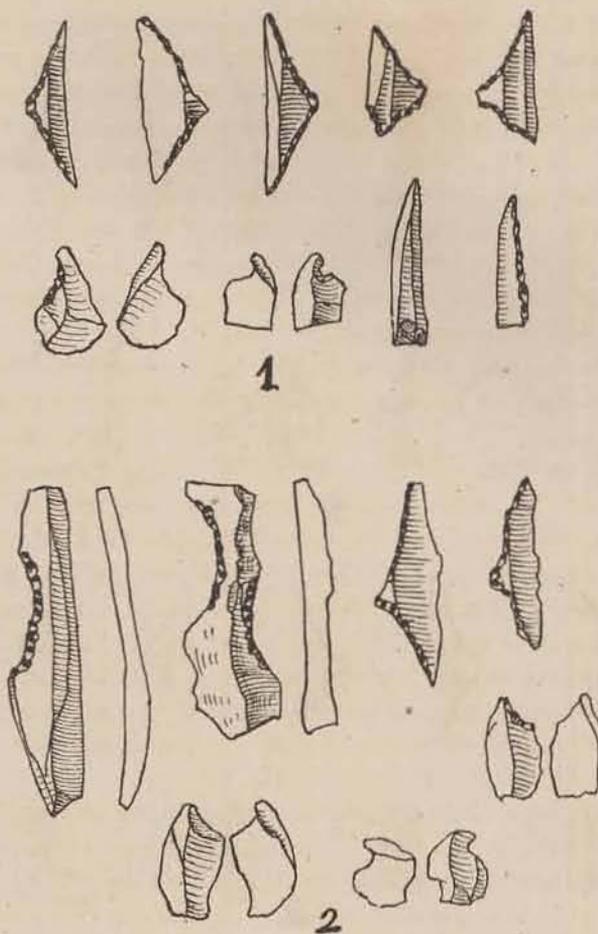


Figura 8.^a—Hojas con escotaduras, puntas microlíticas y microburiles, del Nivel II (cata entrada S.) (1, capa 6; 2, capa 7)

(Tam. nat.)

de ellos con un grabado en que creemos ver el dibujo de un cáprido incompleto.

Observemos aquí que las puntas triangulares suelen presentar en el tercio de su filo una pequeña muesca que debe indicar un punto de fijación que hizo saltar una minúscula esquirlita.

Las placas grabadas y pintadas (lám. III).—Sin duda el elemento

más interesante del nivel II lo constituyen las placas de piedra grabadas. Aleccionados por nuestra experiencia de la cueva del Parpalló, lavamos desde un principio todas las piedras que parecían idóneas para ser grabadas. Hay que reconocer que la cosecha ha sido escasa y que el esfuerzo realizado no parece compensado a primera vista por los resultados obtenidos. Pero en realidad, el descubrimiento de un tipo de grabado en piedra nuevo en la Prehistoria española, nos recompensa sobradamente.

Carece la cueva y sus alrededores de un yacimiento como el del Parpalló, donde sus habitantes encontrasen a mano las losetas lisas y tentadoras al grabado. Aquí tuvieron que utilizar piedras que en general se grababan mal. Por lo común las piezas grabadas son losetas algo rodadas, de silueta ovalada o trapezoidal alargada y con frecuencia muy irregulares.

El número de las descubiertas es de 35, pero como alguna está grabada por las dos caras, el número total de ejemplares es de 38. Todas ellas tienen únicamente combinaciones geométricas, en general series paralelas de rayas en zonas que alternan su dirección. Sólo en algún caso el rayado se sustituye por series de trácitos a manera de punteado. En algunos casos hay verdaderas fajas con rayado interior. Aunque las líneas suelen ser rectas, hay algunas curvas, y es frecuente que el trazo sea irregular o temblón. La incisión es a veces muy tenue y otras fuerte, pero no llega a obtener un surco pronunciado. Hay un ejemplar en que acaso podría verse en la confusión de líneas un contorno animal parcial. A veces parece como si salieran de un centro series de haces radiales de líneas. Otras, no parecen formar motivo alguno.

La zona de hallazgo, según los lugares, varía de los 20 a los 90 centímetros; en el rincón SE., la faja fértil con tales plaquitas va de 1,70 a 2 metros, señalando claramente el nivel I A.

Menos definidas son las muestras de pintura. No pasan de una docena las piedras en las que nos atreveríamos a asegurar que existen manchas de color, rojo siempre, en un caso tirando a ocre amarillento. En muchos otros casos la piedra misma tiene tonalidades rojizas que pueden engañar fácilmente. Se trata en la mayoría de casos de manchas de color informes. En cuatro casos parece que pudo existir un motivo o una figura animal, muy dudosa; todos ellos corresponden a capas bastante profundas, alrededor de los dos metros. Otra piedra con pintura roja y que presenta una forma indefinible, pertenece a las primeras capas (nivel I A), al igual que los dos o tres cantos con puntos rojos que tanto hacen pensar en los cantos azilienses.

Por último, en relación con las pinturas, hemos de referirnos a los vestigios de figuras, al parecer de animal una de ellas, en rojo, pintadas en la pared Sur de la cueva. La pátina y el humo que han recubierto estos muros laterales impiden su exacta apreciación. La altura a que se encuentran las coloca al nivel del brazo de un supuesto artista, cuando el suelo de la cueva se encontraba en la segunda etapa de las tres que hemos señalado en el yacimiento. Extremo es éste que al igual que ocurre con el resto de las pinturas, esperamos sea revisado por un especialista.

Con frecuencia se han hallado a diferentes niveles trozos de color, rojo o tirando a violáceo.

Nivel III.—El tercer nivel presenta ya rasgos de un mayor arcaísmo, aunque siguen en él los tipos de puntas microlíticas como elemento dominante. Pero éstas tienen una tendencia distinta, como veremos. No se dan ahora las placas grabadas, pero sí las pintadas e incluso parece que han de colocarse aquí la mayoría de las que probablemente tuvieron una figura.

En las puntas microlíticas han desaparecido las triangulares con pedúnculo lateral acentuado del nivel superior. Ahora dominan las triangulares: escalenos alargados o bajos, con base casi horizontal o escotada (variante esta última que recuerda, como si fuera derivación de ellas, a las puntas de muesca de tradición auriñaciense del Paleolítico superior), llegando a veces a la forma rectangular; y más aún las trapezoidales, no sólo los trapecios alargados con algo de pedúnculo, sino los trapecios regulares, de bordes rectos o ligeramente curvados, en especial por la muesca de la base.

En cuanto a los microburiles se hacen escasos y terminan pronto. A los tres metros, en la cata SE., la más completa, como hemos repetido, han terminado. Las hojas con escotaduras siguen, aunque cada vez más raras, hasta los cuatro metros, o sea prácticamente hasta los niveles más antiguos, acompañándoles, pero también cada vez más escasas, las puntas trapezoidales (figs. 9.^a, 10.^a, 11.^a y 13.^a).

Pero lo más característico de este nivel III es la gran proporción de piezas de mayor tamaño, en sílex y en cuarcita y caliza, estas últimas verdaderos macrolitos (figs. 11.^a, 12.^a y 13.^a). Estos suelen consistir en grandes discos raspadores, raederas, hachitas-hendidores y sobre todo en cepillos y su trabajo no deja lugar a dudas, a pesar de que nos costó acostumbrarnos a la idea de que se hubiera utilizado una piedra más blanda que la cuarcita, una caliza muy compacta, de tono amarillento, con la que se obtuvieron instrumen-

tos de gran talla (1). Sus dimensiones alcanzan a veces a 15 centímetros. De cuarcita son algunas piezas semejantes, más pequeñas. De sílex, numerosos cepillos, raspadores sobre hoja y otros altos sobre núcleo; disquitos raspadores, pequeños núcleos, pequeños raspadores cónicos o piramidales de excelente trabajo, otros en trom-

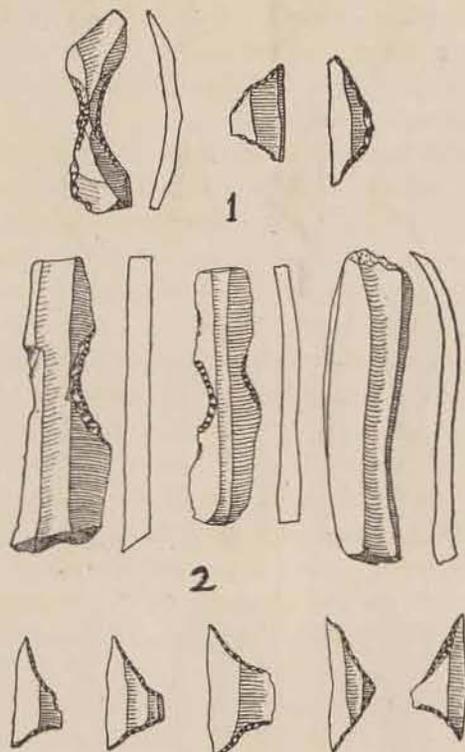


Figura 9.^a—Hojas, varias con escotaduras, y puntas microlíticas del Nivel III (cata entrada S.
(1, capa 11; 2, capa 12)

(Tam. 4/5)

(1) Dos muestras de las calizas utilizadas para estas piezas de gran tamaño han sido clasificadas por el profesor de la Facultad de Ciencias de Barcelona, D. Noel Llopis. La más frecuente y característica, de color amarillento claro, es una caliza sublitográfica de grano muy fino y contextura finamente cristalina con fractura concoide muy clara; procede de niveles jurásicos. Otra variedad, raras veces usada, de color gris, se define también como caliza sublitográfica de grano más tosco, fractura concoide, y dureza de 3,5 a 3,7.

pa, raederas discoidales, hachitas, hendidores, alguno de ellos discoidal, recordando los preasturienses del Parpalló, y buriles. Estos últimos suelen ser laterales, a veces con repetidos avivamientos,

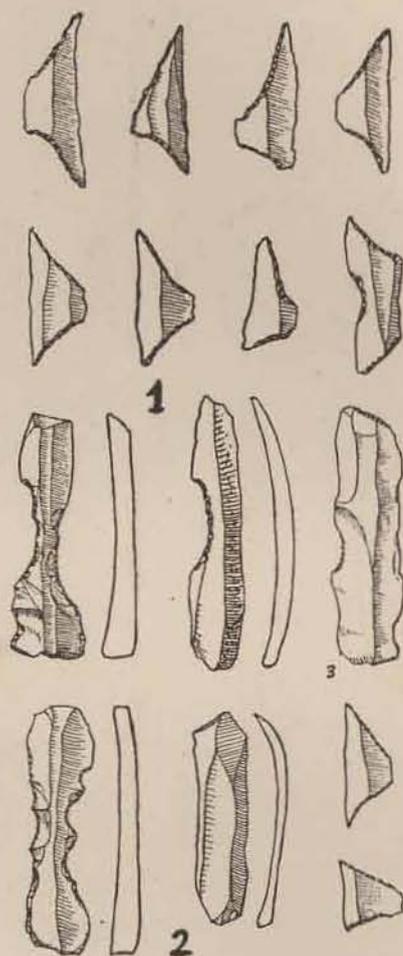


Figura 10.^a—Hojas, varias con escotaduras, y puntas microlíticas del Nivel III (cata entrada S.)
(1, capa 13; 2, capa 14; 3, capa 15)

(Tam. 4/5)

pero hay algún buril central. Hay también hojas con retoques o sin ellos, alguna microlítica dentada. Interesantes son las puntas de fortuna o de tradición arcaica, musteroideas en algún caso, pero con frecuencia del tipo de La Gravette. Estas últimas son de las capas más profundas. Por último, algunas hojas o puntas rotas

tienen un cierto retoque superficial que recuerda la técnica solutrense.

La industria del hueso es escasa y se reducen los hallazgos a unos cuantos fragmentos de punzones o huesos aguzados y puntas de asta de ciervo utilizadas. Como en capas anteriores, se dan los moluscos agujereados y algún dentalio.

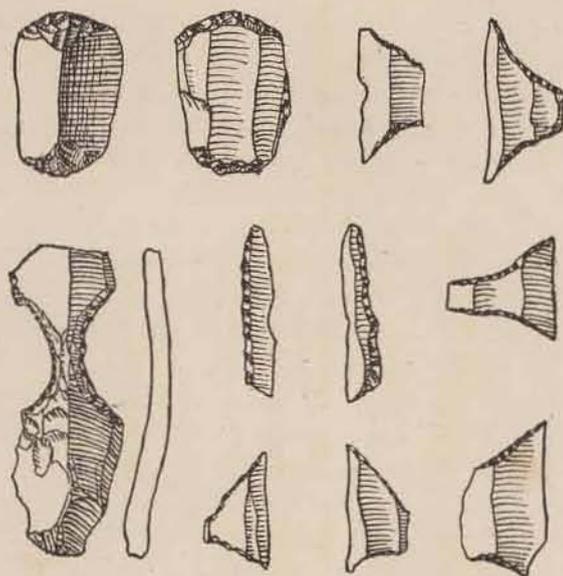


Figura 11.ª.—Hojitas de dorso rebajado, raspadores pequeños sobre hoja, hoja con fuertes escotaduras y puntas microlíticas, del Nivel III (cata entrada C.)

(Tam. nat.)

Ya hemos indicado la presencia en este nivel de placas o cantos con señales de pintura y la posibilidad de que éstos contengan vestigios de alguna figura.

Mientras la fase A de este nivel contiene núcleos de los elementos que persistirán en los niveles superiores, la fase B es escasa en microlitos y abunda en instrumental grande y de aspecto arcaico.

III

COMPARACIONES Y CONCLUSIONES

Evolución y cronología.—¿Qué deducimos del esquema expuesto? En primer lugar rehagamos la evolución del yacimiento en su proceso normal, de abajo arriba.

Al ser habitada la cueva, que había recibido espesos depósitos arcillosos, indicadores de potentes corrientes de agua, lo fué por gentes que poseían un instrumental claramente de tradición paleolítica: cepillos y raspadores nucleiformes, raspadores sobre hoja, buriles laterales, raederas, pequeños raspadores discoidales, macrolitos de caliza (especialmente grandes cepillos), hojas y esquirlas, con o sin retoques, y punzones de hueso. Sobre esta industria curiosa se presentan pronto las puntas triangulares con muesca basal y dorso y muesca rebajados, a los que acompañan trapecios y hojas de muesca. Más tarde hacen su aparición los microburiles y las puntas tienden a la forma triangular con vértice acusado, mientras el utillaje de gran tamaño va desapareciendo. Al mismo tiempo, las placas pintadas indican que aquellas gentes practicaban el arte pictórico, pero no parece fueran muy aficionadas al grabado. Toda esta etapa debió ser de larga duración, hasta que la evolución en el utillaje del sílex condujo a la formación de las puntas triangulares de apéndice lateral que iban acompañadas de gran profusión de microburiles y hojas con muescas. Al final de esta etapa se producen los grabados geométricos sobre pequeñas losetas; seguía pintándose, y manchas de pintura aparecen en cantos rodados. Las astas de cérvido son utilizadas con frecuencia y en alguna ocasión se grava en ellas una forma animal. Rápidamente estas actividades artísticas desaparecen, a la par que las puntas han evolucionado o se han transformado, por la desaparición del apéndice lateral, llegándose al tipo semilunar. Pero ya entonces interviene un nuevo elemento, signo de un gran cambio cultural y étnico, la cerámica, decorada con incisiones simples y relieves. Esta última etapa ha dejado restos de algún espesor sólo en la parte más externa de la cueva y señala el final de la ocupación intensa de la misma

El primer problema con el que hemos de enfrentarnos es el de la cronología. Tenemos un momento final seguro para la ocupación de la cueva, el Neolítico inicial, pero el resto del yacimiento

queda como colgando, sin un asidero preciso e indudable al sistema general de la Prehistoria. Caben dos posiciones, la de adoptar una cronología corta o una cronología larga. En el primer

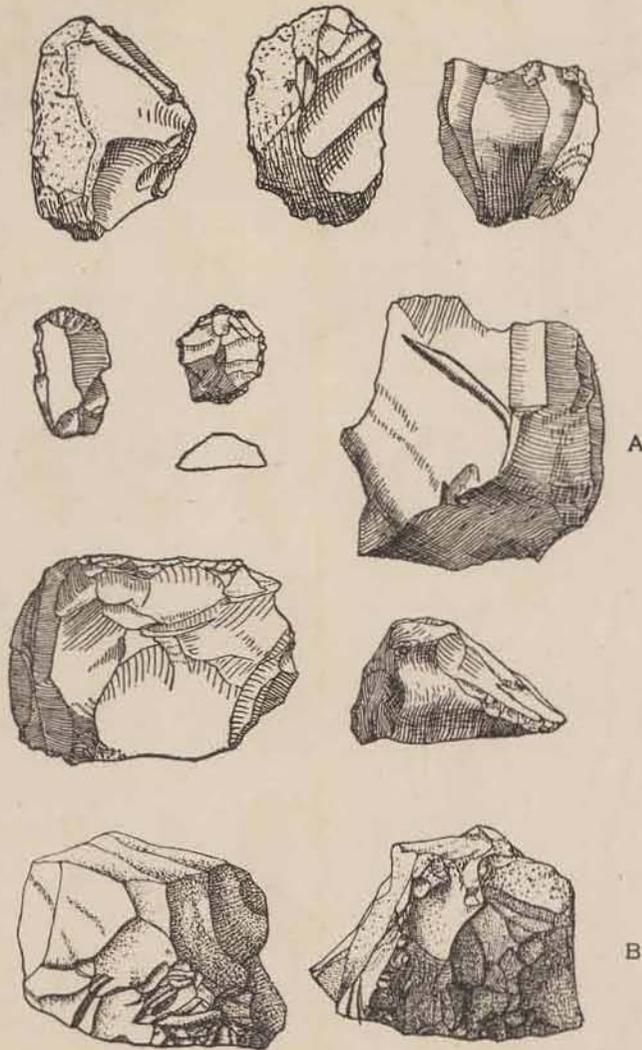


Figura 12.^a—Raedera, piezas nucleiformes, raspador sobre hoja y raspador discoidal (cata entrada S.) (capa 12 a 16) y «cepillos» de caliza; todo Nivel III

(Tam. A 4/5 - B 1/2)

caso, todos los niveles de la cueva entrarían en el Epipaleolítico y podríamos establecer dentro de él dos o tres períodos antes de

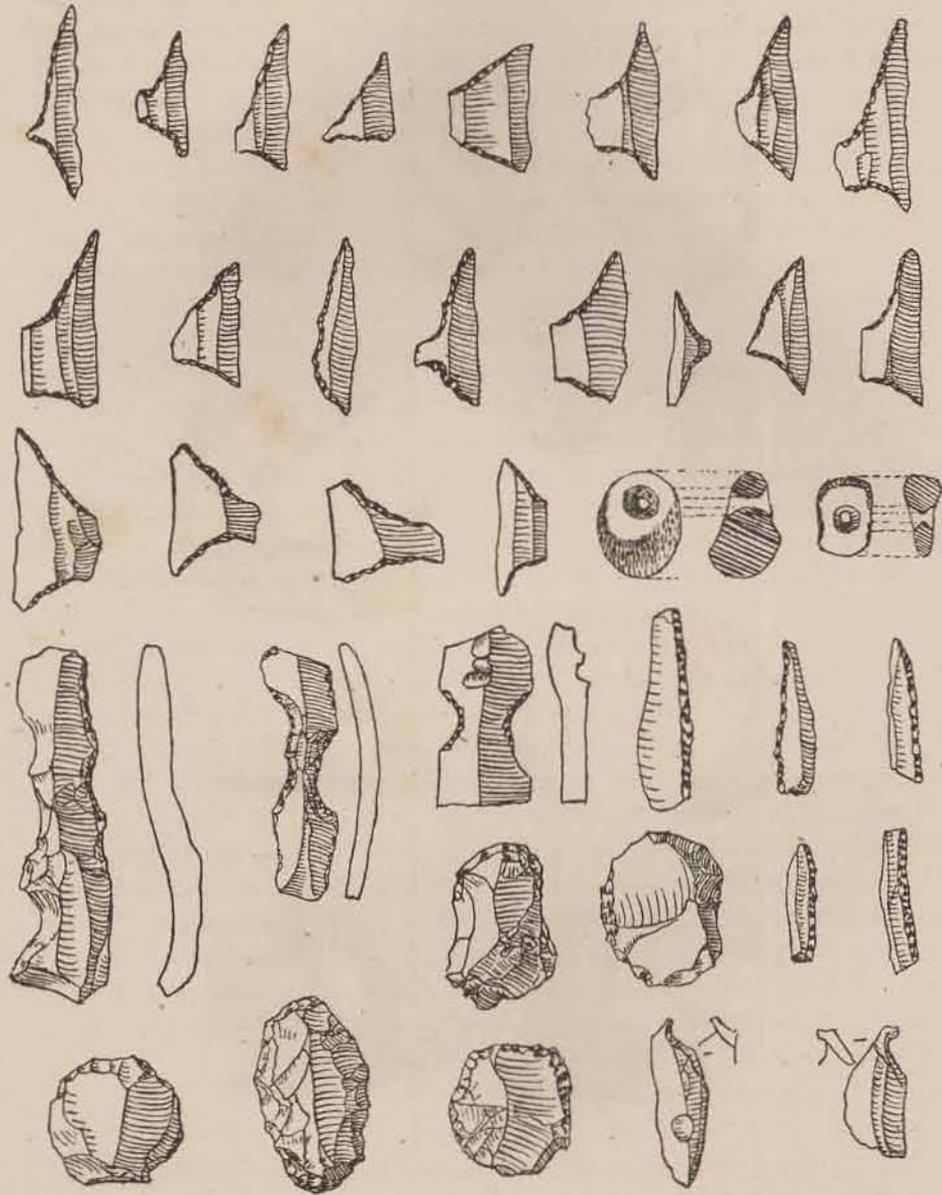


Figura 13.^a—Cuentas de collar de piedra y piezas de sílex de varios niveles removidos
(cata entrada C.)

(Tam. nat.)

llegar al comienzo del Neolítico. Tendríamos así una posible equivalencia a los períodos azilio-tardenoisienses establecidos en Francia. En el segundo caso, valorando los elementos arcaicos de las capas inferiores, supondríamos que el nivel antiguo es del Paleolítico final, paralelo del Magdaleniense de otros lugares de la Península, y el nivel medio, del Epipaleolítico, paralelo del Aziliense.

Digamos de una vez que nos inclinamos por la segunda solución, aunque reconocemos que no tenemos un sólo objeto, aparte la cerámica, del que podamos afirmar con seguridad su pertenencia a una de las culturas bien caracterizadas del Paleolítico final y del Epipaleolítico.

El conjunto de elementos arcaizantes del nivel inferior nos resulta impresionante. Las puntas del tipo de La Gravette, las musteroideas y soluteroideas, la abundancia de buriles, los raspadores cónicos y en trompa, si no decisivos, pues ya sabemos cuán engañosa es la perduración de elementos arcaicos en poblaciones que siguen viviendo su cultura, nos inclinan a suponer que en algún momento de la etapa magdaleniense la cueva empezó a ser habitada por gentes que nada tenían que ver con las que por entonces se encontraban en el Parpalló o en Serriñá. Porque nada hemos encontrado que con seguridad deba afiliarse a la cultura magdaleniense. Esta etapa paleolítica final debió ser de larga duración y fué lentamente evolucionando hasta alcanzar una etapa paralela del Aziliense, si es que hemos de relacionar con esta cultura el nivel medio. A esto último nos inclinarían la presencia de los cantos con huellas de pintura, el cuerno de ciervo con silueta animal grabada y los disquitos raspadores. La corta etapa con las curiosas placas grabadas representaría el momento final del Epipaleolítico, al que se superpondrían los nuevos elementos culturales y acaso étnicos, representados por la cerámica y el pulimento de la piedra.

Tal es el esquema que provisionalmente aceptamos y que conduce a deducciones de gran interés para un período tan mal conocido como es el Epipaleolítico peninsular.

Tratemos ahora de situar el conjunto del yacimiento y cada uno de sus elementos dentro de este último, estudiando al mismo tiempo lo que la Cocina puede decirnos sobre el origen y difusión de cada uno de aquéllos.

Relaciones.—En cuanto a la cerámica, creemos que nos da con seguridad los tipos de las primeras cerámicas peninsulares, de formas sencillas y decoración rayada, con tipos de surco diversos, y de relieves incisos. Claro que no es imposible que en otras comar-

cas, más cercanas a los focos africanos de donde todos los arqueólogos creen que llegó el Neolítico a la Península, existan cerámicas más primitivas. Pero nos inclinamos a suponer que los ejemplares de superficie rayada representan la fase más antigua de la cerámica peninsular.

Las placas grabadas representan una novedad en la Prehistoria española y nos convencen una vez más de la magnitud de lo que ignoramos. No es verosímil que no aparezcan en otras estaciones y a este respecto recordaremos que el no ser esperadas puede haber provocado el descuido de lavarlas en alguna excavación, perdiéndose así el precioso dato. Este peligro es más explicable tratándose de placas como las que nos ocupan, sencillas piedras de pobre aspecto, muchas veces irregulares, en las que no se espera encontrar vestigios de labor humana. Claro que en otros yacimientos puede haberse dispuesto de losetas mejores.

Vagamente nuestras plaquitas, en especial algunas (véase lámina III) parece que quieren darnos una extrema esquematización de la figura humana, recordándonos otras estelas y placas neolíticas. Pero por otra parte su decoración se alía muy bien con todo el caudal de grabados geométricos que van desde el Magdaleniense europeo al Capsiense africano, sin olvidar Romanelli. En el Parpalló encontramos paralelos para muchos de los motivos: zonas rayadas, series de trancitos, y lo mismo ocurre en la decoración de los huevos de avestruz africanos (1).

Haríamos, pues, de éste un elemento capsense, pero del que ya existía tradición en el Magdaleniense levantino. Queda por explicar cómo llega a la Cocina en un momento tan avanzado para durar relativamente tan poco tiempo.

En cuanto a las placas pintadas, nada tienen de extraño, dada la cercanía de pinturas rupestres y la tradición del Paleolítico levantino. Pero son demasiado escasos y borrosos los elementos de que disponemos para poder dilucidar si fueron los del primer nivel o los del segundo los que pintaron plaquitas con figuras, cuándo se desarrolló más este arte y qué motivos se pintarían. Y es lástima que en esta cuestión tan trascendental seamos tan pobres.

(1) Véase L. PERICOT, «La cueva del Parpalló», Madrid, 1942. En esta obra puede encontrarse la bibliografía para el arte geométrico europeo y africano. V. también D. PEYRONY, «A propos de quelques gravures du Paléolithique supérieur et du Mésolithique», en Bull. de la Soc. Préhistorique Française, 1942, pág. 214, así como nuestros comentarios en «Ampurias», vol. V, 1943, página 295.

Del trabajo del hueso y asta poco podemos decir. Hace escasa aparición en la cueva y siempre en piezas de cronología insegura. Ni un arpón, ni una aguja de coser, ni una azagaya biselada. El predominio de los huesos aguzados confirma una vez más la separación radical de este yacimiento respecto del Magdaleniense clásico.

Las piezas de adorno son contadas e igualmente imprecisas. Un par de cuentas de collar y algunos dentalios, amén de numerosos moluscos. Estos, lo mismo que la fauna, que no es ni muy rica ni abundante, no han sido clasificados todavía.

En la fauna se aprecian, sin embargo, el ciervo, el caballo, cabra, jabalí y conejo. Los fragmentos de cráneo humano hallados en 1943 bajo una losa son absolutamente inaprovechables.

El aspecto más interesante es el referente a las puntas microlíticas, con su acompañamiento casi constante de hojas fuertes con escotaduras y microburiles. Su evolución es curiosa y en nuestra opinión fija ya para el Epipaleolítico levantino español una cronología que ha de ser de gran utilidad en el futuro: puntas triangulares de tradición paleolítica y trapecios, puntas triangulares con apéndice lateral, medias lunas. Tal evolución no la conocemos en otras comarcas, y, por el contrario, los trapecios se dan en momentos más avanzados; en cambio, sí que se habían ya supuesto las medias lunas como propias de una fase avanzada (1). Las puntas con pedúnculo lateral las encontramos en otros lugares, por ejemplo en el Cabezo de Amoreira, en Muge (2), pero nunca las hemos visto publicadas con la constancia y la exageración en el tipo de las nuestras.

Problema curioso es el de la relación entre puntas geométricas, microburiles y hojas con escotadura. La relación es clara si aceptamos la hipótesis de que estas últimas constituyen la primera fase

(1) Son consideradas por Breuil como típicas del Tardenoiense. Véase: H. BREUIL, «Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification», 2.^a ed., Paris, 1937, pág. 69 y siguientes.

Las medias lunas avanzadas, en M. ALMAGRO, «Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España», «Ampurias», t. VI, Barcelona, 1944, pág. 1.

(2) A. A. MENDES CORREA, «Novos elementos para a cronologia dos concheiros de Muge», en «Anais da Faculdade de Ciências do Porto», tomo XVIII, Porto, 1934. E. MENCKE, «Zur typologie der Silexgeraete der Kioekkenmoeddinger von Muge», Portugal, en «Forschungen und Fortschritte», XI, 7, Berlin, Marzo 1935; trad. en «Atlantis», t. XV, 1936-40, pág. 157. Piezas semejantes en el «Cabeço dos Morros» (A. DO PAÇO, «Novos concheiros do vale do Tejo», «Broteria», XXVII, Lisboa, 1938, fig. 2).

para la fabricación de las puntas y los microburiles el desecho de la misma. Sin que podamos pronunciarnos de manera terminante, queremos presentar varias objeciones a la anterior hipótesis. Los microburiles no acompañan siempre a los otros dos tipos; incluso hay una etapa inicial en que faltan por completo. Además son con frecuencia pequeños, en esquivas insignificantes y no corresponden, por tanto, a las robustas piezas que suelen ser las hojas con escotadura. En cuanto a éstas, por su frecuente robustez no podían dar origen a las delgadas puntas ni a los insignificantes microburiles. Y, por añadidura, la disposición de las escotaduras en ambos lados y a veces en crecido número yuxtapuestas, no corresponden al cuadro teórico que sobre la fabricación de triángulos y trapecios se ha solido presentar.

Si para los microburiles y su finalidad no nos atrevemos a expresar opinión, para las hojas con escotadura creemos lo más verosímil que se trate de raspadores utilizables para labrar y alisar los mangos de madera de las flechas.

En cuanto al restante instrumental en sílex, es el que cabe esperar en un yacimiento paleolítico final, en que se dan perduraciones y recuerdos de técnicas pasadas. Las puntas de recuerdo musteroide y las piezas solutroides, escasas también, las creemos simple arcaísmo de gentes que han desconocido el Magdaleniense. Las puntas del tipo de La Gravette y hojitas de dorso rebajado, es bien sabido que reaparecen en el Magdaleniense avanzado del Occidente europeo a la par del microlitismo. Por todo ello no creemos que tales piezas deban hacernos retroceder el comienzo del yacimiento a fechas más antiguas. Raspadores y buriles pertenecen al caudal paleolítico superior que perdura; los disquitos raspadores y raspadores cónicos nos ligan una vez más los niveles de la Cueva de la Cocina con el Magdaleniense final y el Aziliense septentrionales.

Piezas mayores: grandes discos, hendidores, hachitas y los que llamamos macrolitos de caliza, también entran en el conjunto arcaizante que puede mantenerse hasta el Neolítico, útiles de fortuna o frutos de la necesidad local, como es la utilización de esas calizas por falta de material mejor de buen tamaño o por otra razón de preferencia que se nos escapa. Fácil paralelo tienen algunas piezas pseudoasturienses (1).

(1) Véase ALMAGRO, «ob. cit.» Un ejemplar del nivel III de la cueva de la Cocina es muy semejante al de «Las Burgueras» de Marsá, reproducido por S. VILASECA, «Les estacions tallers del Priorat i extensions», Reus, 1936, figura 112.

Problema de interés es el de la relación de los microlitos de la cueva de la Cocina con los que aparecen en dos momentos de la larga evolución señalada por la cueva del Parpalló, especialmente con los del Magdaleniense medio. En esta última fase del Parpalló hacen su aparición esporádica las puntas triangulares, pero en cambio abundan mucho las llamadas escalenos, que también aparecen con la misma asociación en las cuevas de Serriñá (1) y se señalaron con dicho nombre por Peyrony, en la Dordoña (2).

Cabe que de tales microlitos magdalenienses, escalenos, derivasen nuestros trapecios, triángulos, etc. Esto relegaría tales piezas al Magdaleniense final y sería un apoyo a la hipótesis de que en definitiva los microlitos tienen su origen en el Paleolítico superior europeo (3). A nuestro modo de ver no existe una derivación de nuestras puntas respecto de los escalenos del Magdaleniense medio hispano-francés, que se encuentran en sitios bien alejados, como el Kurdistán. Para nosotros, las puntas geométricas primitivas de la Cueva de la Cocina pueden derivar de las puntas triangulares alargadas con escotadura basal de sus niveles inferiores, las cuales a su vez pueden ser producto de las puntas de dorso rebajado o de La Gravette y de sus acompañantes las puntas de muesca del Solútreo-auriñaciense levantino final (4). En este caso, escalenos por un lado y trapecios junto con otras formas triangulares, por otro, serían ramas distintas e independientes salidas de un tronco común y podrían, por tanto, darse contemporáneamente en distintas comarcas.

Posición respecto del Capsiense.—Llegamos al término de nuestro trabajo, y tras haber analizado los distintos elementos que la excavación de la cueva de la Cocina nos ha proporcionado, nos

(1) L. PERICOT, ob. cit. Los microlitos de Serriñá se hallan en la colección Corominas de Bañolas, y entre los resultados de nuestras propias excavaciones en la «Bora gran d'en Carreras». Algunos han sido publicados por M. ALMAGRO, ob. cit., fig. 33, aunque los atribuye a una fase postpaleolítica; creemos que son únicamente magdalenienses.

(2) D. y E. PEYRONY, «L'augerie-haute», en «Archivos de l'Inst. de Pal. Hum.», mem. 19, París, 1938.

(3) Hipótesis de Schwantes y T. Mencke que M. ALMAGRO (ob. cit.) se inclina a aceptar. V. E. MENCKE, «Über die einseitig retuschierten Mikrolithen des Tardenoisien und ihre Beziehungen zu den dreieckigen Formen», en «Mannus», t. XXVI, 1934. En cambio CLARK («The mesolithic settlement of Northern Europe», Cambridge, 1936) acepta la llegada del microlitismo al Norte de Europa, desde Africa y pasando por España.

(4) L. PERICOT, ob. cit.

toca ahora intentar situarla dentro del cuadro aceptado para esta época. Para ello basta que nos planteemos dos problemas: relación de la Cueva de la Cocina con el Capsiense y aportación al problema de la cronología del arte rupestre levantino.

El primero es un problema muy complejo que no podemos intentar siquiera pantearlo en toda su amplitud en los ámbitos de una nota como la presente. Es conocida nuestra actitud provisional sobre el mismo (1). Seguimos creyendo que nuestro microlitismo está relacionado con el norteafricano y que el Capsiense lanzó ya antes de terminar el Paleolítico alguna oleada a la Península. En nuestro caso podríamos establecer un paralelo entre el Capsiense superior, tal como lo da a conocer Vaufrey de la estación argelina del Relilai (2), con nuestro primer nivel de la Cocina, que atribuimos al Paleolítico final. El paralelo con los yacimientos almerienses sería de gran interés, pero sus materiales son todavía inasequibles y lo poco publicado sobre los mismos no permite formarse una idea clara (3).

Una estación bien excavada en la zona catalana es la de San Gregorio en Falset. En ella aparecen tan sólo medias lunas y disquitos raspadores como elementos a comparar con los microlitos de la cueva de la Cocina. Y sin embargo ambas estaciones han de cubrir épocas semejantes, pues ambas terminan con la aparición de la cerámica. También ha de poder establecerse relaciones con las series geométricas de las múltiples estaciones talleres estudiadas por S. Vilaseca en la provincia de Tarragona (4). Nótese, sin embargo, aquí, la ausencia de microburiles.

(1) L. PERICOT, ob. cit.; del mismo, «Un cuadrilátero artístico en el Paleolítico superior: Africa-Romanelli-Perigord-Parpalló», en «Ampurias», V, Barcelona, pág. 295.

(2) R. VAUFREY, «Stratigraphie capsienne», en «Swiatowit», Varsovia, 1936, figs. 8 y 9. Otros materiales a comparar con los de la Cocina, en GOBERT-VAUFREY, «Deux gisements extremes d'Iberomaursien» en «L'Anthropologie», XLII, 1932, pág. 449.—VAUFREY, «Le néolithique de tradition capsienne des environs de Mostagnem», en «Bull. de la Soc. de Géographie et d'Archeologie de la province d'Oran», t. 59, Oran, 1938.—Del mismo, «L'Art rupestre nord-africain», «Archives de l'Inst. de Pal. Humaine», mem. 20 Paris 1939.—H. BREUIL, «L'Afrique préhistorique», «Cahiers d'Art», Paris, 1930.

(3) L. SIRET, «L'Espagne préhistorique», en la «Rev. des questions scientifiques», Bruselas, 1893, figs. 41 a 87.

(4) S. VILASECA, «L'estació taller de sílex de St. Gregori», «Mems. de la Acad. de Ciències y Artes», Barcelona, 1934, pág. 415.—Del mismo, «La indústria del sílex a Catalunya. Les estacions tallers del Priorat i extensions», Reus, 1936.

En cuanto a los conjuntos microlíticos de otras zonas levantinas en relación con las pinturas rupestres, los citaremos después.

El paralelo con Muge es tentador. Pero la cronología de sus concheros es difícil. En este momento diremos sólo que caso de aceptarse el paralelo, el Cabezo de Amoreira (1) sería el equivalente de nuestros niveles medio y superior. El Cabezo de Arruda se relacionaría con la fase moderna del nivel inferior. Hay allí muchos menos elementos de tradición paleolítica que en la Cocina.

En cuanto a la caverna «Hoyo de la Mina» (Málaga), también es evidente que ha de cubrir una época semejante a la nuestra, yendo desde un Epiauriñaciense al Neolítico. Pero son allí raras las puntas geométricas, mostrando una vez más cuán varia y desigual fué la evolución con que terminó el Paleolítico (2).

Los microlitos de las cuevas de Valle y Santimamiñe, en la zona cantábrica, considerados por Obermaier, del Capsiense superior (3), pueden también parangonarse con nuestros hallazgos, sin que podamos precisar la fase concreta de relación. En conjunto pueden corresponder a nuestra fase media, azilioide.

Si salimos de la Península nos encontramos en Francia con un microlitismo que se reconoce ya en el Paleolítico superior y que hemos puesto en relación con el del Parpalló y con el gran desarrollo del mismo en las fases azilio-tardenoisiense con tanto empeño estudiadas por nuestros colegas de allende el Pirineo (4). La estratigrafía de Sauveterre-la-Lemance (5) tiene gran interés

(1) Véanse especialmente las obrs. cit. de A. A. MENDES CORREA y E. MENCKE.

(2) MIGUEL SUCH, «Avance al estudio de la caverna «Hoyo de la Mina» en Málaga». «Bol. de la Soc. malagueña de Ciencias», Málaga, 1920.

(3) H. OBERMAIER, «El hombre fósil», Madrid, 1925.—Del mismo, «Das Capsien-problem in westlichen Mittelmeergebiet», «Germania», 1934, pág. 165. T. DE ARANZADI, J. M. DE BARANDIARAN y E. EGUREN, «Exploraciones en la caverna de Santimamiñe», memorias 2 y 3, Bilbao, 1931 y 1935.

(4) V. por ejemplo OCTOBON, «Le mésolithique. Essai de classification chronologique». XV Congrès Int. d'Anthrop. et d'Arch. préhistorique. Portugal (Coimbra), Sept. 1930. Fundamental para el estudio del microlitismo del Paleolítico superior francés y todos los problemas que plantea y a los que sólo hacemos ligera referencia, es el artículo de D. y E. PEYRONY, «Gisement préhistorique de Crabillat. Ses rapports avec les dépôts a formes géométriques du Paléolithique supérieur et du Mésolithique», en Bull. de la Soc. Préhist. Française, 1941, pág. 245; v. nuestros comentarios en «Ampurias», V, 1943, pág. 295.

(5) L. COULONGES, «Les gisements préhistoriques de Sauveterre-la-Lemance (Lot-et-Garonne)», «Archives de l'Inst. de Pal. Humaine», mem. 14, París, 1935.

para nosotros, pues también abarca desde el Paleolítico final al Neolítico inicial. Su etapa sauveterriense, aunque con escalenos, puede equivaler a nuestro nivel medio; pero luego la evolución del yacimiento francés es distinta y conduce a un tardenoisiense que no es paralelo de la fase final de la Cocina (1). En conjunto estas etapas avanzadas del microlitismo francés muestran un gran predominio del trapecio, al igual que en el Neolítico primitivo del SE. español, lo que hemos visto tenía sólo escaso paralelismo en la Cocina.

Seguir el microlitismo por Europa central y el Báltico y por el Grimaldiense hasta ir a parar al Kurdistán, está lejos de nuestro propósito ahora. Sin embargo, observaremos que el nivel B de la cueva de Zarzi es considerado como Paleolítico final por Miss Garrod y contiene numerosos elementos que le ligan con las fases microlíticas del Magdaleniense y Epipaleolítico levantino (2)

La abundancia de microburiles en nuestra cueva es un dato más que la une con el Capsiense norteafricano y la sitúa como fase de paso al tardenoisiense francés, donde se dan también con tanta abundancia. Pero hoy sabemos que el microburil puede ser muy antiguo (3).

El problema del arte rupestre.—Hemos elegido lo más candente para el final. Sin pretender tampoco aquí agotar el tema, expon-dremos nuestra opinión escuetamente.

En primer lugar sentemos la afirmación de que es imposible desligar las pinturas del abrigo llamado Cinto de la Ventana, de las gentes que habitaron la cueva. Aquel cinto, con sus escasas pinturas de los dos tipos, naturalista y esquemático, se encuentra en el extremo sin salida, por terminar en precipicio, del barranco en que a unos dos o trescientos metros se abre la cueva de la Cocina. Quienes pintaron aquellas figuras habitaron la cueva.

¿Pero a cuál de las fases industriales de la cueva corresponden las pinturas del cinto? Acuciante enigma que no nos es dado resolver todavía. Por los indicios que poseemos (placas con vestigios de pintura) diríamos que las pinturas naturalistas van desde nuestro nivel inferior al medio, y las esquemáticas podrían atribuirse al

(1) No podemos relacionar los triángulos con apéndice lateral en la base del Tardenoisiense II de Le Martinet con nuestros triángulos con apéndice lateral (v. L. COULONGES, ob. cit., fig. 14).

(2) D. A. E. GARROD, «The Paleolithic of Southern Kurdistan: Excavations in the caves of Zarzi and Hazar Merd». «Bull. of the American School of Prehistoric Research», n. 6, New Haven, Marzo 1930.

(3) L. PERICOT, obs. cit.

superior. Esto hallaría confirmación decisiva si se logra interpretar los vestigios de figuras rojas en la pared meridional de la cueva, que por su altura debieron pintarse cuando el suelo de la caverna se hallaba a 1,50-1,80 metros del nivel moderno, o sea en el nivel II inicial o III final.

Esta interpretación, de ser cierta, ratificaría lo que en otros lugares hemos expuesto (1). El arte rupestre levantino, hijo del hispano-francés, se habría independizado durante el Magdaleniense, en las zonas montañosas del Levante, como obra de indígenas que recogieron las tradiciones artísticas que gentes como las auriñacienses y solutrenses del Parpalló habían divulgado. Desarrollado durante el momento final del Paleolítico y el Epipaleolítico, va a morir con la aurora de los nuevos tiempos neolíticos, cuando se esquematiza en la forma conocida.

No creemos que contra esta hipótesis vaya el material cuidadosamente reunido por M. Almagro (2), procedente de otros abrigos con pinturas de la misma zona. Hay en él muchas reminiscencias arcaicas, microburiles y microlitos, que no andan lejos de los de las fases centrales de la Cocina. En un abrigo con pinturas esquemáticas, el de Doña Clotilde, las medias lunas de tipo avanzado se corresponden muy bien con la edad moderna que en nuestra cueva hay que asignar a las medias lunas, ocurriendo lo propio en el Priorato (3). En los abrigos de la Valltorta se han señalado microburiles (4).

A los cazadores de tradición paleolítica, independientes aunque contemporáneos del Magdaleniense, cultura que en Levante hay que aceptar sólo como una intrusión hasta el Parpalló, sin gran influencia en las comarcas vecinas, atribuimos el desarrollo de ese arte maravilloso.

En cuanto a las plaquitas con decoración geométrica, constituyen un fenómeno especial, aislado, sin relación con el arte parietal, pero respondiendo a una tradición paleolítica más potente en el Capsiense africano que en parte alguna.

Conclusiones.—Estamos en los comienzos de una excavación que puede darnos aún muchas sorpresas. Nuestras conclusiones provisionales las resumiríamos como sigue.

(1) L. PERICOT, «La Cueva del Parpalló», pág. 343 y siguientes.

(2) M. ALMAGRO, ob. cit. figs. 10-24.

(3) M. ALMAGRO, ob. cit., fig. 22.—S. VILASECA, obs. cit.

(4) S. MALUQUER, «Las industrias con microburiles de La Valltorta» «Ampurias», Barcelona, 1939, pág. 109.

La cueva de la Cocina fué habitada desde el Paleolítico final, probablemente en tiempos contemporáneos del Magdaleniense que se desarrollaba en el Parpalló, por gentes que conservaban las técnicas auriñaco-solutrenses, pero que no parecen proceder inmediatamente de los huídos de la cueva gandiense al llegar la primera oleada de magdalenienses.

Pronto se hace sentir en ella el peso del microlitismo, que será la nota constante de su industria. Esta experimenta una clara evolución tipológica y tiene una raíz capsiese. Pero hasta ahora dicha evolución no puede parangonarse en detalle con la del microlitismo en el resto de la Península y de Europa; produce ello el efecto como si los grupos de entonces vivieran muy independientemente y no se intercomunicaran demasiado sus productos y sus técnicas.

En este medio fundamentalmente capsiese y de raíz africana, se aprecia una fase ya francamente del momento final del Paleolítico y otra francamente epipaleolítica con alguna vaga influencia del Aziliense, que entonces vivía más al Norte. Un curioso episodio artístico precede inmediatamente la llegada de la influencia neolítica.

Por último, las gentes que habitaron la cueva pintaron las figuras de abrigos cercanos. Con ello se nos ofrece un dato más y muy importante contra la contemporaneidad del arte rupestre nórdico y el levantino.

Y no terminaremos sin confiar que las próximas campañas de excavación nos proporcionen datos más convincentes en favor de cuanto hipotéticamente hemos presentado al lector.

APENDICE

NOTA MALACOLOGICA

Una vez más mi sabio maestro de Prehistoria, Dr. D. Luis Pericot, me da el honroso encargo de clasificar los moluscos hallados en las excavaciones, confiándome los materiales de la cueva de la Cocina, a que correspondo dando una nota provisional de los ejemplares registrados, ya que una parte del inmenso material extraído se halla en estudio. Cuando sólo se da el nombre genérico sin llegar al específico, entiéndase que el estado del ejemplar impide mayor precisión.

En superficie aparecieron dos *Columbella* y un *Murex*. La capa 1.^a da cinco *Columbella* y una valva de *Cardium edule* L, la 3.^a un *Pectunculus* y la 5.^a una *Nassa reticulata* L. Aparte de esta representación de especies marinas en ejemplares frecuentemente orificados, indicando su uso como objetos de adorno, existe una mayor representación de formas fluviales y palúdicas con siete *Melanopsis Dufourei* Fer. en la 1.^a capa, otro en la 2.^a, un *Theodoxus fluvialis* L. en la 3.^a y un *Limnaea* en la 5.^a. Entre los moluscos terrestres hay un *Helix* indeterminado en la capa 1.^a y un buen ejemplar de *Iberus alonensis* Ferussac en la 3.^a. La frecuencia de moluscos de agua dulce puede explicarse por la proximidad del llamado «Barranco Falón».

MANUEL VIDAL Y LOPEZ



A



B



C



D

A Vista de la entrada de la cueva desde el otro lado del barranco.—B. La excavación junto a la pared S., en 1942. Al fondo el nivel original de la cueva.—C. La excavación de 1943 desde el interior de la cueva.—D. La excavación de 1943 en una zona de estratificación normal, sin piedras

(Fotos L. Pericot.)



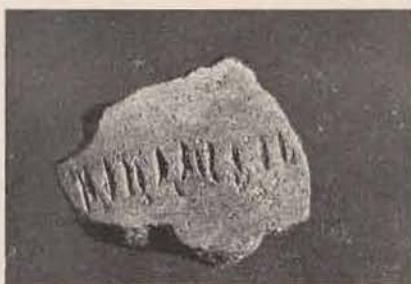
A



B



C



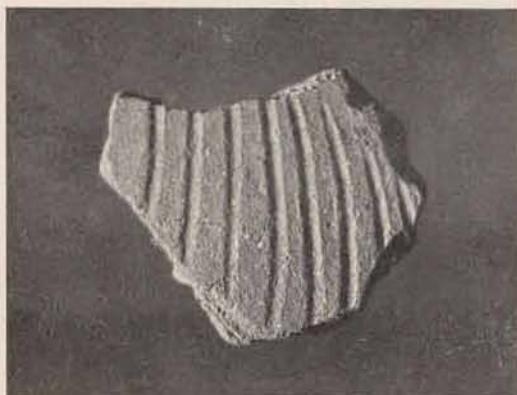
D



E



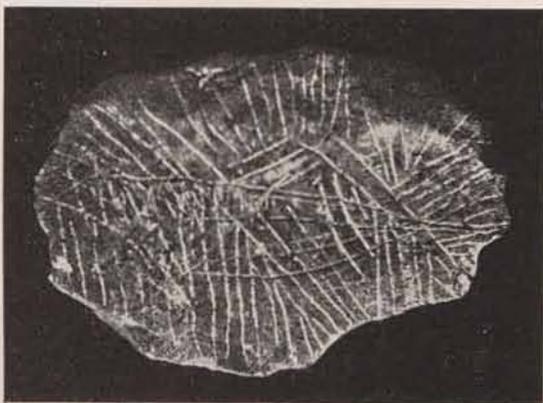
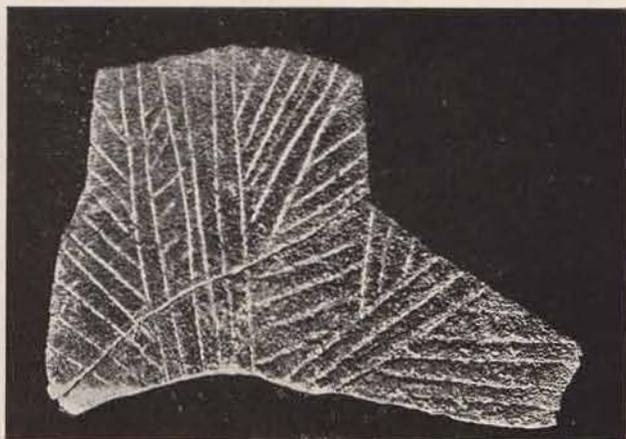
F



G

Fragmentos de cerámica del Nivel 1

(Fotos Adell.)



Losetas grabadas del Nivel II

(Fotos Adell.)